



ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ



Camino Discipular Misionero
Para sembrar la esperanza



Id al mundo
entero y proclamad el Evangelio

Solemnidad de la Ascensión del Señor

Ciclo B

12 de mayo de 2024

I. Notas exegéticas

Hechos de los apóstoles 1, 1-11

Lo vieron levantarse

El prólogo del libro de los Hechos de los apóstoles (1, 1-11) establece que los discípulos, gracias al don del Espíritu Santo, se convertirán en testigos del resucitado en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra, mostrando aquí el plan a seguir de la obra que comenzará por Jerusalén y finalizará en la ciudad de Roma (a la que se referían como los confines de la tierra).

Presentación y dedicatoria, 1, 1-2: Todo comienza con una presentación del texto, en la que el autor (Lucas), dirigiéndose a su amigo Teófilo, da a comprender que el relato continúa su primera obra, el evangelio de Lucas. Luego recalca el inminente don del Espíritu Santo a los apóstoles, que es la misma presencia de Dios que lleva al hombre de la mano por la ruta evangélica. Aquí no sólo se habla de los apóstoles sino de todo hombre y mujer que, lleno del Espíritu Santo y dejándose mover por él, se convierte en un auténtico evangelizador, que lleva la Buena Nueva de Jesús resucitado y sus enseñanzas hasta los confines del mundo que, para nosotros hoy, ya no será la ciudad de Roma sino cada una de las ciudades, poblados, regiones, donde desarrollamos nuestra vida creyente.

Despedida de Jesús, 1, 3-8. Lucas especifica que los acontecimientos sucedieron después de la pasión de Jesús, con lo que hace énfasis en dos elementos importantes: por una parte, subraya la identidad de Jesús el crucificado, que es la misma del resucitado, es decir, hay una continuidad entre el que sufrió la pasión y muerte y el que ahora ha resucitado. Por otra parte, sugiere que la Nueva vida del resucitado es distinta de la que tenía cuando predicaba en





Palestina acompañado de sus discípulos, pues, durante su ministerio, Jesús iba con ellos, mientras que ahora se les aparece a ellos.

La mención de los 40 días se debe comprender no de manera cronológica, exacta, sino en relación con los 40 días que permaneció Jesús en el desierto antes de comenzar su ministerio público. En ambas obras, tanto en el evangelio, como ahora en el libro de los Hechos, el término 40 hace referencia a la preparación absoluta que desarrolla Jesús para entrar en una nueva etapa de su vida o de su ministerio. Jesús ahora prepara a sus discípulos para que comiencen una nueva etapa que es la vida de la iglesia, patrocinada por la fuerza del Espíritu Santo, pues Él asciende al Padre.

La ciudad de Jerusalén ocupa en la obra Lucana el lugar desde donde se extenderá el reino de Dios a todas las naciones; por tanto, más que un lugar geográfico es un lugar teológico. Será allí donde deben aguardar el cumplimiento de la promesa que les hizo el Padre, el bautismo con el Espíritu Santo.

La pregunta que los discípulos hacen a Jesús acerca de si ahora va a instaurar el reino de Israel, contiene la expectativa mesiánica de los discípulos, quienes guardaban la esperanza de ver ahora al resucitado convertido en un líder que iría a instaurar un nuevo sistema político, en el que los adeptos obtendrían el poder de dirigir a sus hermanos israelitas; esta misma idea latía en el corazón de Cleofás y el otro discípulo en su camino hacia Emaús, “nosotros esperábamos que él fuera el libertador de Israel”.

La respuesta de Jesús les permite comprender que la fuerza del Espíritu Santo vendrá sobre ellos, no para convertirlos en caudillos en el orden político, sino que les hará verdaderos testigos de la resurrección en el mundo y eso es justamente su misión.

Finalmente, la imagen de la nube que envuelve a Jesús en la cima del monte de la ascensión constituye la metáfora del Padre que exalta al Hijo a la vida nueva en el cielo. Cuando la nube rodea Jesús, los discípulos dejan de verle, porque la vida nueva del Señor es tan distinta de su existencia terrenal, que los ojos de este mundo se vuelven incapaces de percibir la novedad de la nueva vida en el regazo divino. Esta historia quedará en continuar, puesto que los apóstoles sólo podrán intuir la hondura de la vida nueva del Señor, cuando hayan recibido la efusión del Espíritu Santo en Pentecostés.





Salmo 46, 2-3. 6-7. 8-9

Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas.

El salmo 46 celebra la presencia de Dios en el monte Sion, entronizado como rey que se sienta en el trono de Jerusalén. Es el primero de los cantos que proclaman la grandeza y realeza de Yahvé, no sólo en Jerusalén sino en todas las naciones de la tierra. El salmista pide a los príncipes gentiles (reyes y representantes de los pueblos del entorno) que unan su oración con la del pueblo de Abraham, sin obligarles a convertirse en israelitas estrictos, pero sí a reconocer la grandeza del Dios de Israel.

El salmo narra la fiesta de ascensión y entronización del rey eterno, a la que están invitados los gentiles, en un diálogo de fiesta con los pueblos del entorno, concebidos ahora como aliados de Yahvé; es el Dios que asciende y reina entre aclamaciones, Dios poderoso de los cielos, que se manifiesta y actúa en el templo de Jerusalén expresando su dominio sobre todos los pueblos de alrededor, que no parecen sometidos bajo presión, sino más bien convertidos en aliados de los israelitas, en comunión con los príncipes de los pueblos no israelitas.

Este salmo interpreta a Yahvé como Dios de un pacto, que se expande y ofrece a todos los pueblos, pues de Dios son los escudos: es decir, los principios de paz y defensa de la tierra. Esta doble experiencia de autoridad y pacto del Dios que se entroniza, que se sienta en la ciudad santa y desde allí gobierna Israel y a todas las naciones, es la nota distintiva que los cristianos comprendemos del reinado eterno de Dios en su Hijo Jesucristo, en el momento de la Ascensión de Jesús.

Efesios 1, 17-23

Lo sentó a su derecha en el cielo

No sabemos bien a quienes se dirige esta carta, pues algunos importantes manuscritos antiguos no traen la expresión “en Éfeso”; según parece, en este espacio se ponía el nombre de la ciudad en la que se debía leer. Esta carta es más bien de orden circular, destinada a ser leída en las comunidades que vivían su fe en las ciudades de Asia menor. Hacia la segunda mitad del siglo II d. C. algún amanuense agregó la ciudad “de Éfeso” para que en los manuscritos no quedara sin destinatarios.





Esta carta se escribe para comunidades cristianas que pertenecen a la segunda generación (entre el 70 y el 110 d. C.); su mentalidad es urbana, propia de las grandes ciudades grecorromanas, o sociedades agrarias avanzadas. Como son paganos, no conocen el Antiguo Testamento, ni la Alianza de Dios con Israel. La ciudad de Jerusalén ya había sido destruida a manos de los romanos sobre el año 70, por tanto, muchos judíos y predicadores cristianos habían dejado la ciudad y se habían instalado en diferentes ciudades del imperio, movimiento que conocemos con el nombre de *diáspora*. Por donde iban, los judeocristianos proclamaban a los no judíos el misterio de Dios y la obra de salvación obrada en Jesucristo su Hijo, porque los paganos de nacimiento llamados “incircuncisos” fueron también elegidos, según el designio de Dios, para heredar las promesas hechas a Israel.

El pasaje que nos ocupa hoy es un himno a la Santísima Trinidad. Comienza con una plegaria de intercesión para que los lectores acepten el misterio de Dios (vv. 16-19). El misterio de Dios no es otro que el misterio de Cristo, es decir, el mismo hijo de Dios, el amado, quien, en obediencia al designio eterno y salvador del Padre, se hizo hombre y derramó su sangre en la cruz para hacerlo realidad.

Continúa el himno describiendo que Dios resucitó a Jesús, lo glorificó y lo puso a su derecha y le otorgó la soberanía sobre toda criatura, incluso la que no conocemos aun, pero pudiera existir. Entre las criaturas se cuentan las potencias celestiales (vv. 21) con su influencia para bien de los hombres y la comunidad de los salvados, que es la iglesia, de la que hizo a Cristo su cabeza, en perfecta correspondencia con su cuerpo.

Se enseñaba por aquel entonces que, de la cabeza, dependen la nutrición, el desarrollo y la disposición del cuerpo y sus miembros; aplicando esta analogía, se enfatiza que Cristo es quien asegura, por principio interno y poder divino, el desarrollo orgánico y progresivo de su cuerpo, orientándolo hacia la plenitud de la que goza ya su cabeza.

La iglesia está llamada a participar de la gloria y soberanía de Cristo, su cabeza. La misión de la iglesia en cuanto cuerpo de Cristo es universal y lo involucra todo, lo visible y lo invisible; así, por su cuerpo que es la iglesia, la cabeza ejerce su soberanía mediante su reinado de vida y redención, misericordia y justicia.





Mc 16, 15-20

Subió al cielo y se sentó a la derecha de Dios

Jesús se aparece, por último, a los once y les echa en cara su incredulidad y obstinación por no haber creído a los que lo habían visto resucitado de la muerte. A renglón seguido, Jesús los envía a la misión.

El mandato misionero de Jesús lo podemos entender en cinco momentos: en primer lugar, una orden tajante “vayan al mundo entero a proclamar la buena noticia”; en segundo lugar, les advierte que esa proclamación puede ser aceptada o rechazada, en cada caso con sus propias consecuencias: el que crea se salvará y será bautizado, pero, el que no crea, será condenado. En tercer lugar, se mencionan las señales que acompañarán a los misioneros: expulsarán demonios, tendrán el don de lenguas, serán inmunes ante ataques de serpientes, tendrán la capacidad de curar.

Justo después de dar las indicaciones y mostrar las señales que acompañarán a los misioneros, el texto nos relata que Jesús asciende al cielo y se sienta a la derecha de Dios Padre, que es el lugar con más alta distinción que se puede otorgar por parte del Padre de la Gloria.

En cuarto lugar, tenemos la reacción de los once quienes inmediatamente salen a pregonar el evangelio por todas partes. Finalmente, en quinto lugar, queda claro que el Señor resucitado coopera y confirma el mensaje de la buena noticia del Evangelio, con las señales (milagros) que acompañan la predicación de los misioneros.





II. Pistas homiléticas

- Celebrar la fiesta de la Ascensión es ante todo descubrir la esperanza de todo cristiano, es contemplar por anticipado la Gloria que el Padre ha prometido para todo aquel que sea obediente y auténtico discípulo de Jesús, es celebrar que en Jesús ha triunfado la vida y el amor, que se ha hecho entrega de la vida por su muerte en la cruz. Por eso Dios lo exaltó y le concedió el nombre sobre todo nombre.
- Celebrar la fiesta de la Ascensión es proclamar el triunfo de la vida por encima de la muerte, es descubrir que el Padre de la Gloria nos ha llamado en la persona de su Hijo Jesucristo a la Gloria de su presencia, contemplarle cara a cara descubriendo la inmensidad de su Amor por nosotros.
- Celebrar la Ascensión de Jesús es descubrirnos llamados a proclamar la Buena Noticia de Jesús muerto y resucitado, es sabernos enviados a bautizar a todos los hombres en el nombre de la Santísima Trinidad, pero sabiendo que es el Espíritu del Resucitado, el que va confirmando a cada paso la predicación con sus milagros, signos y prodigios.
- Como los discípulos nos podemos quedar mirando al cielo, esto es, estancarnos y quedarnos sólo en la celebración cultural de la Ascensión, por lo que es necesario actuar, predicar de palabra y de obra, comenzando en nuestros hogares, que el triunfo de Jesús es también el triunfo del Espíritu en nuestros corazones y hogares, con nuestras buenas obras y con la comprensión de la trascendencia de nuestra vida que va más allá de la mera materialidad y nos impulsa al anhelo de los bienes eternos.





III. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Hermanos, en la solemnidad de la Ascensión del Señor celebramos que Cristo en su pascua ha alcanzado la meta. Nos precede para prepararnos un lugar. El sacrificio de Cristo hasta dar la vida por la redención humana le consigue la recompensa de la vida junto a su Padre celestial para enviarnos el Paráclito. Por medio de la escucha de la Palabra y de la comunión del misterio sacramental, aguardamos la alegre esperanza de llegar adonde nos ha precedido el Señor resucitado. Bienvenidos.

Monición a las lecturas

El bautismo es la puerta de entrada a la vida de la gracia; y el paso por este mundo es el camino que lleva al cielo al que por la fe se hace discípulo y misionero en Cristo Jesús. Que las lecturas que serán proclamadas ahora nos permitan tener la certeza de que Jesús y su palabra son el sentido pleno y definitivo de nuestras vidas. Escuchemos con atención y piedad.





ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ



Oración de fieles

Presidente

Presentemos nuestras súplicas a Dios, Padre todopoderoso, que resucitó a su Hijo de entre los muertos y lo glorificó hoy en su ascensión.

R/: Dios de gloria y majestad, escúchanos.

1. Por el papa Francisco y todos los obispos de la iglesia, para que el anuncio constante del evangelio sea su santificación y la de todos los hombres y mujeres cristianos que caminamos hacia la meta definitiva del cielo.
2. Por las vocaciones a la vida sacerdotal y religiosa, para que en nuestras comunidades se acreciente la responsabilidad de motivar la infancia y la juventud a una respuesta generosa y a una vida consagrada al Señor, que los lleve a degustar ya en la tierra la dicha prometida del cielo.
3. Por los gobernantes en nuestro país y ciudad, para que sean cada vez más dóciles al Espíritu de la Verdad que llevará a nuestro pueblo a experimentar el verdadero sentido de la paz y la justicia.
4. En esta Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales supliquemos al Señor que derrame sobre nosotros la sabiduría necesaria para lograr una comunicación plenamente humana, acorde con los valores del evangelio y defensora de la dignidad.
5. Por las madres en su día, para que el Señor derrame sobre ellas abundantes bendiciones y suscite en nuestros corazones el deseo mayor de amarlas y de honrarlas por siempre.
6. Por los servidores de nuestra parroquia (comunidad) y por los animadores de la evangelización que sirven con generosidad y esfuerzo, para que sus acciones misioneras, catequéticas y pastorales alcancen con espiritual eficacia a todas las personas a ellos confiadas.

Presidente

Te damos gracias, Padre, porque acoges nuestras súplicas; son presentadas a ti por tu Hijo Jesucristo que hoy llega junto a ti al cielo, y que vive y reina por los siglos de los siglos.

